

# VARIEDADES

---

## I

### LAS CASITÉRIDES Y EL COMERCIO DEL ESTAÑO EN LA ANTIGÜEDAD

Este estudio tiene por objeto averiguar de modo cierto la posición de las islas Casitérides, y en él se prescinde por completo de toda noticia relativa á la arqueología y á la prehistoria respecto del estaño.

Las conclusiones difieren notablemente de la opinión hoy admitida, llegando á ser incompatibles en bastantes ocasiones, sobre todo en lo relativo á la época del descubrimiento del estaño y del empleo del bronce, y también á la de los primeros viajes de los fenicios al Occidente de Europa.

Escrito sin pasión, carece de prejuicios; he procurado hacer la historia con los textos de los geógrafos é historiadores griegos y romanos, y ni me he inspirado en las doctrinas corrientes ni en el afán de ir contra ellas. Yo pido al que le lea ese mismo desapasionamiento: que se olvide de sus creencias y atienda sólo á los textos, y si después de ello llega á las mismas conclusiones, más adelante será ocasión de examinar si la equivocación está en los historiadores y geógrafos, ó en las consecuencias deducidas por la prehistoria y por la arqueología.

Juzgar con un criterio anterior no es juzgar; resolver una cuestión geográfica é histórica por opiniones de los partidarios de otros estudios, no es buscar la verdad, sino tratar de obscurecerla, y la libertad y la razón exigen que nuestros pensamientos no estén encadenados á una doctrina cuando de investigaciones se trata.

Madrid, 20 de Mayo de 1914.

ANTONIO BLÁZQUEZ Y DELGADO-AGUILERA.

### Capítulo primero.

Son Stesícoro, Herodoro y Hecateo los más antiguos historiadores de Grecia que han dado noticia del Occidente europeo (1).

Nació el primero en el año 640 antes de J. C., y nos habla de la isla Eritia y de las fuentes del río Tarteso de cabeza de plata (2).

El segundo, Herodoro de Heraclea, escribió antes del año 500 de una Iberia situada junto á las Columnas de Hércules, diciendo: «Esta gente Ibérica que habita á lo largo de la costa, es toda »de una sola raza y se divide en tribus con diferentes nombres; »primeramente los que viven en el extremo Occidente se llaman »Kynetes; después de ellos, dirigiéndose al Norte, están los Gletes; después los Tartesios; luego los Elbysinos; á continuación los Mastienos; luego los Calpianos, y después el Ródano» (3).

En cuanto á su contemporáneo Hecateo de Mileto, sólo nos quedan fragmentos muy concisos relativos á pueblos ó tribus. Así, cita en los Tartesios á Elybyrge é Ibyla, sobre la cual, ó sea más al interior, hay oro y metal que de allí nos viene; Calatha es población situada no lejos de las Columnas de Hércules; la nación Mastiena, que toma su nombre de la ciudad de Mastia y se halla próxima á estas Columnas, cuenta entre sus ciudades á Syalis, Maenobora, Sixus y Molibdana; menciona entre las gentes ibéricas á los Eidetes y Misgetes; á Crabasia, de donde se derivan los gentilicios Crabasius, Crabasiones, Crabasiates y Crabasianos; Sicana é Hiops, en una península situada después del río Lesurós; Cromiusa, isla ibérica, y Melussa, isla próxima á los iberos. También cita en otro fragmento la isla Erytia, situada fuera del mar Grande, negando que el argivo Hércules hubiese sido enviado á Iberia para robar las vacas á Gerión (4).

Como puede juzgarse por estos datos, los griegos poseían en

(1) Prescindo de los poetas, á los cuales haré referencia más adelante.

(2) En Estrabón, libro III, cap. II, párrafo 11.

(3) Fragmentos.—*Colección Didot.*

(4) Fragmentos.—*Colección Didot.*

aquellos tiempos muy pocas noticias respecto de los países del Occidente de Europa, y éstas no pasaban de lo que luego se llamó Promontorio Sacro, puesto que los más accidentales eran los Kynetes; es decir, los que llamaron Cuneos los latinos, y estaban localizados en ambas orillas del Guadiana y junto á su desembocadura.

¿De qué fuente procedían estas noticias? No es muy difícil averiguarlo, pues basta consultar á Heródoto (año 440), quien nos dice en su extensa y notable Historia, obra magistral de aquella época, lo siguiente:

«Una nave Samia que dirigida por su Capitán, llamado Coleos, navegaba á Egipto, se vió sorprendida por un viento de Levante que la condujo á lo largo del Mediterráneo y la obligó á pasar el Estrecho de Hércules aportando á Tarteso por su buena suerte, pues era éste entonces un emporio virgen que los griegos descubrieron, y con tanto provecho vendieron sus géneros que ningún mercader les igualó en la ganancia» (1).

Y más adelante añade: «Los primeros que hicieron largos viajes entre los griegos fueron los de Focea, los cuales descubrieron el mar Adriático, la Tirrenia, la Iberia y el Tarteso, no valiéndose de naves redondas, sino de penteconteros ó naves de 50 remos. Habiendo aportado á Tarteso supieron obtener la confianza y amistad del Rey Argantonio, el cual hacía ochenta años que era Señor de Tarteso y vivió hasta la edad de ciento veinte años, y fué tanto lo que este Príncipe llegó á apreciarlos, que cuando la primera vez desampararon la Jonia, les rogó que se establecieran en sus dominios, invitándoles para que escogiesen en ellos la comarca que mejor les pareciera; pero viendo que no los podía persuadir y sabiendo por ellos el aumento constante del poderío de los Medos, tuvo la generosidad de darles dinero para que fortificasen la ciudad, y lo hizo con tal abundancia, que siendo el circuito de las murallas de no pocos estadios pudieron fabricarlas todas de grandes y bien labradas piedras.»

---

(1) Libro IV, cap. CLII.

«Tenían ya fortificada su ciudad cuando Hárpago llegó con  
 »sus tropas y estableció el asedio, pidiendo entonces un día los  
 »sitiados para deliberar, durante el cual habían de retirarse las  
 »tropas enemigas, y entonces los focenses aprontaron sus naves  
 »y embarcaron en ellas sus mujeres y sus hijos, con todos los  
 »muebles y alhajas, así como con las estatuas y ornamentos de  
 »sus templos, menos los que eran de bronce ó de mármol ó con-  
 »sistían en pinturas; puestos á bordo se hicieron á la vela y se  
 »trasladaron á Chio, en tanto que los persas ocupaban la ciudad  
 »abandonada por sus moradores» (año 541).

«No quisieron los de Chio vender á los focenses las islas lla-  
 »madas Eunusas donde éstos querían establecerse, y por esto  
 »determinaron pasar á Córcega, en donde veinte años antes ha-  
 »bían fundado una colonia llamada Alalia, no yendo á Tarteso  
 »porque había muerto ya su protector Argantonio; y vivieron  
 »allí otros cinco años en compañía de los antiguos colonos; mas  
 »como no dejasen en paz á sus vecinos, á quienes despojaban de  
 »cuanto tenían, aliados los Tirrenos y Cartagineses les declara-  
 »ron la guerra, y encontrándose las escuadras enemigas en el  
 »mar de Cerdeña trabaron un combate en el que los focenses se  
 »atribuyeron la victoria, pero en realidad sufrieron una espan-  
 »tosa derrota, puesto que de sus 60 naves perdieron 40 y las  
 »otras 20 quedaron inútiles. Los que sobrevivieron tornaron á  
 »Alalia, y tomando allí á sus hijos y mujeres y todos los mue-  
 »bles que podían llevar se dirigieron á Regio, abandonando Cór-  
 »cega» (1).

Examinemos ahora estos relatos.

A juzgar por la fecha en que vivía Stesícoro, puede afirmarse que sus palabras tuvieron por fuente el viaje de Coleos; pero es ya más discutible que los datos de Herodoro y de Hecateo tengan el mismo origen, porque en el tiempo transcurrido ya se habían realizado las expediciones focenses y aun algunas otras de que luego hablaremos. Vamos, sin embargo, á determinar, si es posible, el origen de los relatos de ambos escritores.

---

(1) Libro II, cap. CIX y siguientes.

Desde luego puede afirmarse que no fué el mismo el de ambos, porque de haberlo sido contendrían muchos datos comunes, y esto no sucede sino en límites muy pequeños, porque, como se ha visto, mientras uno detalla pueblos del extremo oca-so, otro los omite, y en tanto que el primero menciona con preferencia localidades, el segundo cita tribus ó naciones ó gentes.

Por otra parte, Herodoro era natural de Heraclaea, ciudad situada cerca de Samotracia, isla de donde salió Coleos con su nave, y de sospechar es que pudo recoger mejor la tradición de los Samios que la de los focenses; en cambio Hecateo era nacido en Mileto, ciudad vecina á la patria de estos últimos. Por último, ha de notarse que desde luego hay que desechar la idea de que á la primera expedición correspondan las noticias de Hecateo, pues menciona ciudades con nombres griegos como Melibdana, y cuando Coleos llegó por vez primera á Iberia los griegos desconocían en absoluto la existencia de este país, según el mismo testimonio de Heródoto, quien, según hemos visto, atribuye, sin que haya por qué dudar de su veracidad, á los focenses no sólo el descubrimiento de Tarteso y de Iberia, sino los de Tirrenia y el Adriático; y, en efecto, las noticias de otros escritores griegos nos permiten afirmar que apenas habían llegado éstos á las islas que hay al Occidente de Grecia: siendo prueba el que la fundación de Selinonte tiene lugar en el año 628, esto es, trece años después de la venida á España de Coleos (1).

Sabemos además, y lo confirman los datos relativos al culto religioso, que los Samios fundaron á Marsella y después á Emporias, á Denia y otras localidades de la costa oriental donde se adoraba á Diana de Efeso, la diosa más celebrada de la Jonia, y ninguna de las que pueden estimarse colonias focenses aparecen en estos relatos; en cambio vemos el nombre de Hera formando parte de dos nombres de localidades de la costa meridional de España, Abdera y Eritea, significando el nombre híbrido de

---

(1) Véase Herzberg, *Historia de Grecia*.—Hacia el Bósforo habían fundado Bizancio en 658; en el Adriático llegaron á Leucade en 655, y en Sicilia fundaron Selinunte en 628.

Abdera (pues está formado por el *Abd* fenicio y por el griego *Hera*), la ciudad dedicada al culto de *Hera*, y el nombre de *Eritea*, aplicado á la isla del litoral Tartesio, equivale á la Isla de la Diosa *Hera* (1).

Vamos á contestar una objeción que puede hacerse á estas consideraciones, y que puede indicarse, diciendo que, según *Estrabón*, *Abdera* fué fundada por los fenicios. *Estrabón* escribía bastantes siglos después de los sucesos á que nos referimos, y, por consiguiente, su testimonio es para esto de escaso valor; en cambio el hecho conocido de que otra *Abdera* que había en *Tracia* fuese fundación de los *Samios*, tiene un valor indiscutible, y si como han dicho la voz *Abd* es de origen fenicio, en cambio la de *Hera* es puramente pelásgica ó samia, ya que este nombre nunca se aplicó en fenicio á ninguna diosa, y si ellos hubieran fundado la ciudad la habrían dedicado á una de sus divinidades y no á una griega.

En nuestra opinión, *Herodoro* nos da noticias de los *Samios* en la Península Ibérica y *Heródoto* nos señala los primeros descubrimientos de los focenses, siguiendo ó utilizando las mismas palabras que aquél al mencionar los pueblos occidentales del mundo conocido, pues la diferencia única que existe es que en el lugar en que *Herodoro* emplea la palabra *Gletes*, coloca la de *Celtas* *Heródoto*, y sabido es, no sólo por este testimonio, sino por el de otros escritores, que *Celtas* y *Gletes* eran el mismo pueblo (2).

(1) Para el culto de *Diana* de *Efeso* en las colonias occidentales puede consultarse *Estrabón*, libro iv, al tratar de *Marsella*.

Es significativo que el gran templo de *Diana* de *Efeso* no se comenzase á construir hasta el principio del siglo vi, coincidiendo con la época del comercio de los focenses con España y con los generosos donativos de *Argantonio* que emplearon en construcciones (585 á 541).

También ha de advertirse que su nombre se escribía por los griegos en las dos formas «*Era*» y «*Hera*»; el nombre de la diosa *Samia*, y que también su templo coincide con la época del comercio *Samio* con los españoles, puesto que habiendo comenzado su construcción al finalizar el siglo vii se terminó al comenzar el vi, esto es, aproximadamente, entre los años 625 y 585, coincidencias ambas altamente significativas.

(2) Ya dijo *César* en la introducción á su obra relativa á la conquista de la *Galia*, que los romanos llamaban *Galos* á los *Celtas*.

Entre las expediciones de samios y focenses median bastantes años, y aunque es cierto que entre unos y otros vinieron los fenicios por vez primera, el comercio de los samios con los españoles duró más de cuarenta años. Heródoto nada nos dice respecto de esto, pero hay indicios y noticias aisladas que muestran que Coleos siguió explorando la región Tartésica, además de los que suministran, según se ha indicado, la serie de nombres griegos de poblaciones que no pudieron ser fundadas por los focenses y que son anteriores al siglo vi. Uno de estos indicios es el de que los samios descubren, según datos griegos, el arte de fundir los metales hacia el año 600, en cuyo tiempo los focenses no habían venido á visitar nuestras costas (1), y por otra parte, el de que en España el incendio casual de los montes, producido por descuido de los pastores, produjo la fundición de los abundantes depósitos superficiales de minerales de oro, plata y estaño, y dió por resultado el que al cabo de algún tiempo se encontraran en las oquedades del terreno masas de metal fundido (2). De aquí, según Aristóteles, tomaron nombre los montes Pirineos ó montes quemados, debiéndose creer que puesto que la parte visitada por los griegos en estos tiempos era la región meridional, el nombre de Pirineos se aplicó á los montes de la Iberia de Herodoro y de Heródoto, muy distintos de los actuales Pirineos; después, á medida que el nombre de Iberia se extendía, como vemos, á toda la costa desde el Ródano (Hecateo) y se desconocía casi por completo el interior, el nombre de Pirineos se extendió también

---

(1) La supremacía marítima de los focenses duró cuarenta y cuatro años, según los escritores griegos, y como el combate de Alalia tuvo lugar cinco años después de su decadencia en Oriente, el comienzo corresponde al año 585. Por otra parte, los foceos vinieron á España cuando unidos á los egipcios derrotaron á los fenicios, que entonces eran dueños de los mercados españoles, y la victoria de los foceos tuvo lugar en el año primero del reinado de Apries (año 585 ó 586), coincidiendo perfectamente la fecha de la primera venida á España con este año.

Aunque los historiadores indican que la fundición de los metales se descubrió ó empleó por vez primera en Samos en el año 600, sospecho que fué anterior, aunque en pocos años.

(2) Aristóteles, *De mirab*, cap. LXXXIX.—Posidonio, libro III (en Estrabón). Diodoro, libro v.

á todas las montañas de esta región (1), y, por último, al conocer más detalladamente la Península el nombre perdió su localización primera y se fijó de un modo definitivo en la cadena de montañas que cubre el istmo de la Península española (2).

Sorprendidos los samios por el hecho de convertirse las tierras ó las piedras minerales en materias brillantes (geófanos), nombre que emplea Éforo, llevaron grandes cantidades á su patria; mas como el arte, rudimentario entonces, del laboreo de estas materias no había sido cultivado por ellos, hubieron de llamar á los Dactylos ó cabiros de las inmediatas tierras del Asia. Habitaban éstos las cavernas del monte Ida, de la Frigia, y empleaban la forja, no la fundición, para el hierro (3) y el cobre, ó á lo menos para el primero de estos metales; los condujeron al Geofanio (lugar en donde estaban las tierras brillantes), colocado en el templo de Era, y montando sus fraguas echaron á los mandróbulos los minerales, clasificados indudablemente por su aspecto exterior, y entonces al mismo tiempo que empezaron á derretirse y á correr por la desigual superficie del hogar, constituyendo esto un maravilloso descubrimiento para la humanidad, se inventó una frase que ha llegado hasta nuestros días y que se aplica para mostrar que una persona en vez de progresar retrocede en sus labores ó en sus empresas. Esta frase es la de *more Mandro-*

(1) Aristóteles cita el monte Pirene en el país de los celtas; Heródoto había dicho que existía una ciudad de Pirene, siendo de advertir que los celtas de Heródoto y de Aristóteles estaban en el extremo de la Bética. Dionisio localiza los Cempsios á su pie; y Avieno, que menciona los campsios, sitúa éstos en el Algarbe. Esta es la primera localización.

(2) Los geógrafos latinos y los griegos de los últimos tiempos, dando nombre á diversos montes de Iberia (España), reservaron el de Pirineos para la cordillera ístmica. (Estrabón, Plinio, Mela.)

(3) Según el mármol de Paros, los dactylos Dammanco, Celeno y Acmón, descubrieron el hierro en el monte Ida (Asia), en el reinado de Pandion, cuando Ceres llegó á Atenas (año 1432). Esta fecha es fantástica, como las antiguas del mármol citado, pues contaron como años lunaciones y estaciones. Véase mi estudio acerca de la Cronología de la Antigüedad.

A fundir y soldar el hierro se aprendió bastante después de la fundición de los demás metales, pues se atribuye á Glauco, que vivió en tiempo de Alyates, padre de Creso (años 617 á 560). Heródoto, libro I, capítulo xxv. Véase también libro I, cap. LI, y libro III, cap. XLI.

*buli*, que emplea Éforo al contarnos que quedó como proverbial al ver que los mandróbulos, encargados de convertir los geófanos en metales, dieron oro el primer año, plata el segundo, el tercero cobre y el cuarto nada (1). En castellano la frase de *oro, plata, cobre y nada*, sirve de título á alguna de las producciones cómicas, ingeniosas y chispeantes que sirven para distraer al público.

Todavía no hemos hablado del estaño de Iberia, y el descubrimiento de la fundición por los samios nos muestra que aún era desconocido de los griegos. El estaño debe, sin embargo, su nombre á éstos, y es anterior á los viajes de los focenses, según hemos de ver, perteneciendo por tanto á la época que debemos denominar Samia (2). Ha de advertirse que el estaño de la Bética aparecía en depósitos superficiales (3) y que, por otra parte, el oro y la plata se encontraban en iguales circunstancias, y el cobre de la provincia de Huelva é inmediatas afloraba en multitud de puntos, siendo en el día, y á pesar de la explotación continuada de los filones, los de esta provincia unos de los más ricos y abundantes del mundo. Es sabido también que el bronce no es otra cosa que una aleación de cobre y de estaño, aleación que, como quieren muchos escritores, puede surgir al mezclar inadvertidamente minerales de una y otra clase, añadiendo algunos de los que de esta materia se han ocupado que los primeros bronce no tuvieron otro origen; y, por último, no falta quien opine que al principio se designó con el mismo nombre entre los griegos el cobre y el bronce (4), bien que al cabo de algún tiempo pudieran observar la distinta coloración de uno y otro y

(1) Éforo. Fragmentos.—*Colección Didot*.—Los mandróbulos eran los frigios, habitantes junto á Mandro.

(2) Comprende desde el 641 al 600, aproximadamente.

(3) Se encontraba en las arenas del Betis ó Tarteso, según Avieno, versos 257 y 293.

En tiempo de Posidonio estaban ya agotados y el estaño se sacaba de los filones, añadiendo que no se encuentra en la superficie de la tierra, como han dicho algunos historiadores anteriores. Estrabón, libro III, capítulo II, párrafo 9.º

(4) *Calcolibano* era el nombre griego de un bronce muy fino; en cambio, *calcoptes* significa el fundidor de cobre.

advirtieran también sus distintas propiedades, viéndose entonces la necesidad de darles diferentes nombres. Esto es lo que nosotros suponemos también. Entre esas masas de mineral que de Iberia llevaron á Samos, y que fundieron los mandróbulos, debían ir algunos minerales de estaño y debió entonces obtenerse el bronce, sin que á pesar de esto llegaran á creer que eran cosas distintas aquellos productos que tenían propiedades si no iguales, por lo menos análogas; pero con el tiempo se convencieron de que iban dos minerales diferentes entre los que producían el cobre ó bronce, mejor el calco, de los griegos, y de aquí resultó el descubrimiento del estaño.

Admítanse ó no estas opiniones, lo cierto es que de entonces data su descubrimiento, pues para afirmarlo hay los hechos y testimonios siguientes:

1.º Que los griegos fueron, entre los pueblos orientales, los que dieron el nombre de Cassíteros á este metal, según nos dice Avieno (1), con referencia á los años anteriores á la expedición del cartaginés Himilco, que á fines del siglo vi vino á España.

2.º Que Ezequiel en el año 585 habla ya del estaño (2).

3.º Que hasta la mitad del siglo vi no aparecen los grandes fundidores y artistas de metales en Grecia, como Rekos y Teodoro, que construyeron multitud de objetos artísticos de oro y plata, como el ánfora de plata mandada hacer por Creso para el templo de Delphos, y el sello que Polícrates, señor de Samos, llevaba siempre consigo (3).

4.º Que el más célebre de estos fundidores, Teodoro, era de Samos.

5.º Que tan atrasada estaba la metalurgia, que sólo en tiempo de Alyates, Rey que vivió de 617 á 560, se logró por Glauco soldar y fundir el hierro (4).

(1) Atribuye el nombre de Cassítero á los griegos; Avieno, verso 257.

(2) Ezequiel, xxvii, 12.

(3) Véase Heródoto, libro I, caps. xlv, l y li. Teodoro de Samos vivió en tiempo de Creso (560 á 548). Respecto del famoso anillo de Polícrates, véase el mismo autor, libro iii, cap. xli.

(4) Véase la nota 3 de la pág. 164.

6.º Que entre los egipcios la presencia de los soldados griegos armados con metales produjo el mismo espanto que en los mexicanos la presencia de los jinetes españoles, porque así como los mexicanos jamás habían visto hombres á caballo, aquéllos nunca habían visto armaduras metálicas, según Heródoto (1), y ha de advertirse que se refiere á egipcios moradores de la costa del delta del Nilo, en aquella parte en que las luchas de los egipcios con los pueblos orientales eran frecuentes, y por lo mismo, si las armas y las defensas de metal fueran cosa usual entre los pueblos Egipcios, Fenicios, Babilonios y Persas, no hubieran mostrado el espanto de que da cuenta el mencionado escritor; datos todos que, por referirse á un período muy corto de la historia, están indicando que el pueblo griego descubrió las fundiciones de bronce hacia el año 600, y que eran los griegos los que poseían este metal, puesto que en los otros pueblos esas armas ó no se conocían ó escaseaban de modo extraordinario.

Igualmente resulta que es en Samos de Tracia donde el trabajo de los metales logra este portentoso desarrollo (2), y que esto se debió al descubrimiento de los países españoles por Coleos.

Las analogías entre Coleos y Arkelaos ó Heracles, el Hércules de los griegos, son también notorias, pues ambos vienen á España antes que ningún otro griego, y claro es que si hubieran sido dos personas distintas, uno de ellos no hubiera podido ser el descubridor del Estrecho y de las tierras del Tarteso. La diferencia estriba en que á Hércules se le ha incluido entre los héroes, cosa nada extraña si se trata de Coleos, pues su navegación y descubrimientos tuvieron que ser para las generaciones venide-

(1) Heródoto, libro II, caps. CLI y CLII.

(2) Las relaciones de los samios con los egipcios fueron muy estrechas en los siglos VII y VI. Una de las Reinas egipcias, Rodopa, mujer de Aamasis, era natural de Tracia y sierva de Jadmón de Samos; á Egipto fué con Janto, también samio. Los Reyes egipcios hicieron donativos para los templos griegos. Polícrates de Samos fué también gran amigo de los egipcios. Heródoto trae multitud de noticias, bastando consultar el libro III, capítulo cxxxv.

ras acontecimientos de tan alto relieve, que ningunos otros de la historia de Grecia, hasta entonces, pudieron igualar.

Pero ya en otro lugar hemos indicado que las listas de Paros, redactadas en el siglo III antes de J. C., no merecen fe, porque se atuvieron á consignar lo que ya se había establecido en tiempo de los Pisistrátidas y éstos á su vez no sólo reunieron las tradiciones, sino que las inventaron para emular la antigüedad que los egipcios daban á su Imperio, tomando de éstos muchos de sus dioses (1); su falsedad se demuestra con sólo recordar que Pandion, hijo de Cecrops, reinaba, según dichas listas, en Atenas en el año 1309, y que Cecrops vivió, según dichas listas, antes de 1562. Homero no es otro que el poeta Onomacrito, y Orfeo otro poeta, natural de Cretona, que fueron utilizados por Pisistrato para escribir una falsa historia de Grecia, como ya en otro lugar he demostrado (2), utilizando al efecto los mismos poemas de Homero y la Argonáutica, que describen el mundo geográfico del siglo VI y que no pudieron desarrollarse en la época legendaria; el estilo literario de estos poemas, que según un distinguido escritor inglés está mostrando que corresponde á una época en que el lenguaje estaba ya formado, cosa que no pudo verificarse en los siglos X, IX ni en el VIII, puesto que el idioma griego estaba sin fijar, y la misma mención que hace Homero del estaño, cuyo descubrimiento, según se observa por la comparación de las noticias antes presentadas tuvo lugar al finalizar el siglo VII, confirman este juicio.

Existe además otra circunstancia digna de tenerse en cuenta, y es que Hércules, el héroe legendario de la Grecia, no da nombre á una ciudad hasta el año 559, es decir, hasta la época de las grandes fábulas griegas (3), y todos estos hechos muestran, á

---

(1) De Egipto nos trajeron la mayor parte de los nombres de los dioses, dice Heródoto (libro II, cap. L). Exceptúa los de Hera y Poseidón aquel pelásgico.

(2) Véase el artículo «Los griegos en España», en el *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*.

(3) Ya Solón había introducido en la *Iliada* unos versos y había atribuido á Apolo otros, que inventó para justificar las aspiraciones de Atenas sobre Salamina. Pisistrato, á su vez, intercaló en los poemas de Ho-

nuestro entender, claramente que Coleos fué el mismo Hércules, y que su nombre significa el *Héroe Coleos*; bien que los griegos, aficionados á los juegos de palabras, á los cuales se prestaba precisamente la falta de precisión en la escritura de las voces, pues como ya hemos dicho, el alfabeto griego sólo tenía 18 letras antes del 480, circunstancia que explica las diferentes formas de su nombre, inventaran nuevas leyendas como la de que fué castigado por *Hera*, ya que admite esta interpretación (1), así como la de Esplendor de Hera (2). Del primero de estos juegos de palabras surgió la leyenda de su castigo por la diosa, y enlazándola con su viaje impensado á España, para dar á éste más realce y más alto significado, pues era muy vulgar y poco honroso el que fuese allí obligado por la tormenta, inventaron el mandato de Hera (3).

El estaño, aquel tanpreciado metal que descubrieron, tomó su nombre de un monte de la Bética (4); éste era el monte Cassio, que quizá recibió por la especie vegetal dominante en él (5); pero se fundía en las islas llamadas Oestrymnicas por Avieno (6), y estas islas corresponden á las del Cabo de Santa María, enfrente de cuyo territorio había yacimientos superficiales y hasta filones de este metal, que se siguieron explotando hasta muy avanzada

mero lo que le pareció mejor y substituyó varios versos. Véase Duruy y todos los historiadores griegos.

(1) Los nombres de Hera aparecen en formas diversas en griego (Hera y Era), como los de Hércules (Heracles y Arcaleos). Hera forma la primera parte del nombre de Arcaleos ó Heracleos; *caleos* puede ser la segunda, y significa llamar á juicio, corregir y aun castigar, en el derivado Coláso. Según Pausanias, Hércules ó Arkaleos fué el último de los cabiros, quizá por ser el más moderno en el orden profesional.

(2) Se da, sin embargo, como más segura la etimología de Hera y Cléos, significando esta última palabra renombre, y también esplendor.

(3) Según la mitología, Juno no pudo impedir el nacimiento de Hércules, pero sí logró que naciera después de Euristeo, quedando esclavo de Euristeo por espacio de doce años. Por mandato de éste, llevó á cabo los llamados 12 trabajos de Hércules, y uno de ellos fué la venida á España.

(4) Avieno, versos 259 y 260.

(5) El laurel, llamado en griego Casia y también Cassia.

(6) Avieno en los versos 95 y siguientes señala la existencia de *metales* en las Oestrymnicas, y la de *minerales* en el monte Casio y en las arenas del Betis en los versos 259 y 290.

la Edad Media, pues un escritor árabe (1) nos dice que en su tiempo había minas de estaño en Ossonoba, población situada por el Itinerario de Antonino algo más allá del Guadiana y junto á la costa. De creer es, sin embargo, que estas fundiciones fueran posteriores á los ensayos hechos en Samos, pues fácil es de advertir que de este último modo se evitaban el transporte de pesos mucho más considerables que trasladando los minerales á Grecia.

De la estancia de los samios en España deben proceder algunos nombres que han persistido, así como otros que se han borrado (2). Estos nombres que son griegos, no eran los que los naturales del país se daban á sí propios ó daban á las comarcas, sino aquellos con que los griegos las designaron, y es curioso recordar, por ejemplo, que llamaron, quizá por la abundancia de ganado y la frecuencia de los establos, Oestrymnides á unos, pues Oestrymno significa establo, indicando así su condición de ganaderos, aunque igualmente puede derivarse aquella palabra de otra griega que significa tábano, y aun de otra que significa ó equivale á estro ó furor poético ó religioso; siendo esto poco importante para nuestro propósito, pues lo que pretendemos es mostrar su origen griego y éste es indudable desde el momento en que había un río en la Grecia con el mismo nombre (3).

Ligur equivale en griego á agradable y aun á melodioso, cualidad que el Edrisi, escritor árabe del siglo XI (4) asigna á los habitantes de la comarca que los Ligures habitaron (5); los Kynetes debieron probablemente á su carácter inquieto tal denominación, aunque luego los romanos, muchos siglos después, querían

(1) Maccari señala la explotación de estaño en su tiempo, en Ossonoba. Esta ciudad estaba situada en el Algarbe, y según el Itinerario romano á unos cuantos kilómetros al Oeste de la boca del Guadiana.

(2) Han persistido, entre otros, Syvel ó Suel, hoy Suel (castillo de Valde) y Molibdena (caserío de Melicena).

(3) El Struma ó Vardar.

(4) Ligur, armonioso, y ligumolpos el que canta con armonía.

(5) El Edrisi dice de los habitantes de Silves que saben improvisar versos y todos son muy elocuentes, lo mismo las gentes del pueblo que las clases elevadas.

derivar esta palabra de la cuña, porque en su idioma esto significa Cuneos (1); la voz Celta significa brillante ó resplandeciente (2); pero las de Gletes ó Galatas (y ha de recordarse nuevamente que no sólo variaban en los distintos dialectos las formas de escritura, sustituyéndose frecuentemente la C por la G) (3), podía corresponder á los bebedores de leche ó que se alimentan con este líquido, y también esta última circunstancia se presenta en los habitantes de la comarca de la costa occidental de la provincia de Huelva, pues Estrabón hace constar que son gentes que viven de la ganadería (4); la ciudad de Exi, denominada también Sexi y Sixus, significa la sexta, sin duda por ser la sexta fundación que hicieron en nuestro territorio; los Siluros ó Xiluros (5), habitantes de las faldas del monte de este nombre, son los del país de bosques; mastienos son los que usan látigos; Eidetes, los sabios, y los misgetes, los habitantes de un país de inundaciones frecuentes (de emysgio), correspondiendo á la actual provincia de Murcia y más concretamente á la cuenca del río Segura, que tanto en la Antigüedad como en la Edad Media y Moderna es tristemente célebre por sus grandes avenidas.

Abdera (6), de la cual hemos hecho mención anterior, y la isla Eritia, fueron los centros religiosos de los samios en España; y sus ciudades, las mencionadas por los escritores en las costas meridionales españolas y aun algunas de la costa oriental, como las que cita Hecateo.

Trazado el cuadro de la explotación samia, pasaremos á estudiar las expediciones fenicias.

(1) Véase la descripción de Iberia de Estrabón.

(2) Sin embargo, puede provenir de Kelesetos, los jinetes.

(3) Los antiguos escritores los llaman Gletes, según se ha visto; pero sabemos que eran el mismo pueblo los Celtas, los Gletes y los Galos, ó Galatas.

(4) Estrabón señala la existencia de ganado vacuno en los esteros de Onoba y Ossonoba.

(5) Los siluros aparecen citados por Avieno. Estaban cerca de la costa en la provincia de Granada. Á Sierra Nevada llamaron los árabes Solair.

(6) Abdera de Tracia fué fundada por Abdero, procedente de Samos. En las monedas de la Abdera española (claro es que correspondientes á época muy posterior) aparece un templo consagrado á Hera.

Desde luego se ha dicho que los fenicios vinieron á España en época remotísima (1), y la opinión general es que efectuaron sus viajes hacia el año 1100.

Á pesar de esto, serios historiadores (2) dudan de que sus empresas se llevaran á cabo en dicho tiempo, y demuestran que los datos que acerca de ellas poseemos, así como los cálculos relativos á las fundaciones de ciudades españolas, y aun de la misma Cartago, carecen de todo valor histórico, por ser muy modernos y no apoyarse en testimonio alguno fehaciente, ó cuando menos merecedor de algún respeto (3).

El autor más antiguo que habla de los viajes de los cartagineses es Heródoto, quien escribe que los fenicios, procedentes del mar Rojo, según se decía, se establecieron en las costas de Siria y desde allí realizaron antes que otros pueblos largas expediciones, llegando hasta Argos (4); y he aquí cuán deleznable es el fundamento de que se sirven para remontarlas á los tiempos inmediatos á la guerra de Troya y para traerlos poco después á Tarteso. No menos débil es la conjetura que se funda en la mención de Tarsis, pues la identificación de Tarsis con Tarteso (5) no está admitida sino por algunos, y tiene en contra poderosas razones y á favor ningún hecho real ó positivo.

En cuanto al texto de Heródoto, nos parece bien claro; los fenicios fueron quizá el primer pueblo que navegó por el mar, y no sólo recorrió las inmediatas costas en sus débiles barquillas, sino que se atrevió á alejarse de las costas metiéndose mar adentro, empresa entonces atrevida. En estas navegaciones, y haciendo escala en las islas del mar Archipiélago llegó hasta Argos (6),

(1) Casi todos los historiadores españoles y extranjeros.

(2) Posidonio en Estrabón, libro III, al tratar de la isla Eritia. Entre los modernos se puede citar á Pietschman, *Historia de los fenicios*.

(3) Pietschman, obra citada, segunda parte, cap. 1.

(4) Heródoto, libro I, cap. 1.

(5) Los fenicios en tiempos remotos dominaron en Tarso de Cilicia, en cuyos montes existían minerales de oro y plata, que es lo que los fenicios llevaban de Tarsis. Sin embargo, no afirmamos de la situación Tarsis en Tarso, ni en otro lugar, por no haber reunido datos fehacientes hasta el día.

(6) Viaje de los Argonautas.

y esta expedición les pareció entonces (así se deduce lógicamente del testimonio aducido) la más lejana de cuantas emprendieron. Si queremos una prueba de que bastante tiempo después tampoco llegaron á las costas españolas, la tenemos en los mismos dominios y relaciones marítimas que conocidamente tuvieron; pues ni llegaron al fondo del mar Negro, empresa realizada por los griegos, ni penetraron en el Adriático, ni por África llegaron á salvar las fronteras del Egipto los marinos Tirios, pues la formación de la República de Cartago no se debió á una empresa marítima, sino á una expatriación que les llevó á buscar un país, tan lejano de su antigua patria y que fuera al mismo tiempo tan desconocido, que no les permitiera tener el menor temor de que habían de estar seguros de todo ataque y de todo contacto con sus antiguos conciudadanos. Por esto dejaron la Cirenaica, que estaba en contacto con Egipto, porque si allí se instalaban podían saberlo los Tirios, y avanzaron mucho más para poder vivir con tranquilidad y sosiego, pues temían más de sus hermanos que de las tribus salvajes y que de su aislamiento de los pueblos civilizados.

Concuerdan con estas apreciaciones las palabras de Estrabón relativas á los fenicios, pues nos dice que «el oráculo ordenó á los Tirios fundar un establecimiento en las columnas de Hércules, y que al efecto partió una primera expedición para descubrir los puntos indicados: llegados al estrecho de Calpe, los marinos que la componían *creyeron* que allí estaba el extremo de la tierra habitada, *que los dos promontorios que forman el Estrecho constituían el final del viaje de aquel héroe* y que en ellos estaban las Columnas de que había hablado el oráculo, por lo cual echaron las anclas del lado de acá, donde se encuentra la ciudad Exitana, ofreciendo en este lugar un sacrificio á sus dioses, mas no habiendo sido propicias las víctimas hubieron de regresar á Tiro».

«Se envió una segunda expedición, que poco después pasó el Estrecho, llegando á unos 1.500 estadios más lejos, y *encontrando una isla consagrada á Hércules*, cerca de donde después estuvo la ciudad de Onuba, *en la costa de Iberia*, creyeron que

»habían llegado al punto indicado por el oráculo; pero como »tampoco fueran propicios los augurios, la expedición tuvo que regresar.»

«Partió, por último, la tercera expedición, y fundó el establecimiento de Gadir y edificó el templo en la parte oriental de la isla, al par que la ciudad en el extremo occidental» (1).

Como puede observarse, cuando los fenicios emprendieron el primer viaje ya había estado en Iberia Hércules, presentándose aquí una grave dificultad para los partidarios del establecimiento de los fenicios en nuestro país con anterioridad á los griegos, pues por el relato de Estrabón ya había estado Hércules en España, y por esto los fenicios encontraron una isla consagrada al héroe (2).

Vuelve á surgir aquí otra vez, aunque incidentalmente, la cuestión planteada hace tiempo por algunos escritores, de la nacionalidad de Hércules, y preciso es que nos detengamos un momento para aclarar los hechos.

Si admitimos por un momento que Hércules fué fenicio, será consecuencia forzosa la de que los fenicios se establecieron en las costas de Andalucía en tiempo anterior al viaje de Coleos, y dado que las riquezas del país español eran tan considerables que, como afirman los escritores, eran de plata hasta los pesebres, es inconcebible que no hubieran seguido explotando estas riquezas hasta la llegada de Coleos, en cuyo caso este marino los hubiera encontrado establecidos allí, y los nombres de pueblos y naciones de que nos hablan los historiadores y geógrafos con referencia á este tiempo serían fenicios y no griegos.

Por otra parte, no habrían tampoco necesitado, en el supuesto que hacen, que el oráculo les indicara que fuesen á Tarteso, puesto que las relaciones mercantiles que debían tener con esta colonia mediante la navegación comercial hacía inútil la indicación del oráculo, pues habría sobrados marinos de los que en los años anteriores habían realizado el viaje, que sabían muy bien

(1) Estrabón, libro III, al tratar de la isla de Cádiz.

(2) La isla próxima á Onuba, según se acaba de decir.

cuál era su ruta y dónde se encontraban las factorías, el templo y las Columnas. No cabe, pues, dudar de que los fenicios no habían pisado el territorio español cuando Coleos llegó, y de que la expedición á que Estrabón se refiere fué posterior á la que los samios habían realizado, y Posidonio, escritor bien enterado de las cosas de Iberia, niega por esto, de un modo absoluto, la venida de los fenicios en esos remotos tiempos (1).

Fuera de esto, las expediciones son ciertas; pero hay que atribuir las á los últimos años del reinado de Necos en Egipto, esto es, á los primeros del siglo VI, puesto que Necos reinó desde el 608 al 595. En este tiempo, según nos cuenta Heródoto, los fenicios estuvieron á sus órdenes y realizaron viajes llegando hasta el Estrecho (2), constando que una de ellas intentó y aun quizá realizó la vuelta del África, partiendo del mar Rojo y regresando por el Mediterráneo; hechos que no ofrecen dificultad alguna, y que resultan perfectamente lógicos y naturales, pues los viajes de los samios no pudieron quedar ignorados por completo de los otros pueblos orientales, y Necos, como los fenicios, entrarían en ganas de suplantar á los samios en la explotación de las riquezas de España. La mención que el año 585 hace Ezequiel del estaño es otro dato que fija, para pocos años antes, la venida de los fenicios, y concuerda con la noticia que dan algunos de la venida de los Egipcios; pues sólo pudo realizarse en este tiempo mediante los servicios de los marinos fenicios, ya que en Egipto no había gentes suficientemente versadas en la navegación, coincidiendo también con la época de mayor esplendor de Tiro, á cuyos marinos se atribuyen las primeras navegaciones fenicias á España.

Las guerras que por entonces tuvieron lugar entre asiáticos y egipcios obligaron á Apries, sucesor de Necos, á buscar la ayuda de los griegos, y las escuadras de este país derrotaron hacia el

---

(1) En Estrabón, libro III.

(2) Según Mela, el templo de Hércules que había en Cádiz era famoso por su antigüedad. De las expediciones de los egipcios en tiempo de Necos habla Heródoto, libro II, cap. CLIX, diciendo que mandó construir galeras, unas en el mar Rojo y otras en el Mediterráneo.

año 585 á la de los fenicios, que por entonces había pasado á servir á los babilonios; y así como la victoria naval de los fenicios en tiempo de Necos había determinado una expedición fenicia á España para arrebatár á los griegos este mercado, eran ahora los focenses los que aprovechando la derrota de las naves de Tiro venían á recoger las grandes riquezas de la Iberia (1).

Como aquéllos, hubieron de acudir á los augurios, disponiendo los sacerdotes que se consultara á Diana de Efeso. Allí el oráculo patrocinó la expedición, pero exigió que en ella fuera una mujer de la ciudad, sin duda alguna persona de la plena confianza de los sacerdotes, á quien éstos darían instrucciones respecto del país á donde se encaminaban, puesto que los Samios, entonces ya decaídos por rencillas y rivalidades, no podían continuar explotando la Iberia, y además, porque habían sido echados quizá del territorio, ó por lo menos suspendido por completo el tráfico y comunicaciones desde la victoria de los tirios en tiempo de Necos.

El viaje se efectuó por las costas septentrionales del Mediterráneo, siendo Marsella su primer establecimiento. Allí elevaron un templo á Diana de Efeso, y avanzando en viajes sucesivos, llegaron á Emporio, donde también dieron culto á dicha diosa, como en Sagunto y en Denia (2), que de la divinidad Efesia tomó nombre (Danium), siendo de suponer que restauraran los mercados que los samios habían establecido.

Ya hemos relatado algo de lo referente á la permanencia en España de los focenses, que duró cuarenta y cuatro años, según cálculos conformes con los de la Talasocracia focense, es decir, hasta el abandono de su población, invadida por los persas, y

(1) Apries, nieto de Necos, dió á los Tirios una batalla naval y llevó sus armas contra Sidonia. Heródoto, libro II, cap. CLXI.

Admitiendo que Necos empezara en el año 608 á reinar, como murió á los diez y seis años, empezaría Psamis de Heródoto su gobierno en 592. Según el mismo autor, éste reinó seis años y cesó en 586, y como la batalla fué en los comienzos de su reinado, debió verificarse en el 586 ó 585, según en otro lugar hemos dicho.

(2) Véase Estrabón, libro IV.

cinco años más, que fueron los que permanecieron en Alalia (1), abarcando desde el año 585 al 536.

En el intermedio se puede conjeturar que los persas intentaron llegar á España valiéndose de sus súbditos los fenicios, pero la expedición debió dar muy pocos resultados, pues todavía poseían los focenses su poderosa escuadra (2).

En el intermedio de los samios y focenses, esto es, durante la dominación fenicia, procede colocar algunas expediciones de otros pueblos griegos que siguiendo las costas europeas llegaran á Rodas, y también es probable que visitaran las Baleares y establecieran en las costas la que luego se denominó la heroica Sargunto, puesto que no son fundaciones samias ni focenses, sino de la isla de Rodas y de Zazynto, y se les atribuye por ciertos escritores de Grecia mayor antigüedad que á la misma Marsella (3).

A las cantidades fabulosas de oro y plata que en Iberia encontraron, se unió la de un metal de tan extraordinarias cualidades que Aristóteles, ó el pseudo Aristóteles, autor de un *Tratado de las cosas maravillosas*, no vaciló en hacer mención de él (4). Este mineral, el estaño, fué mencionado por Homero, cuyos poemas, según también hemos consignado, fueron refundidos y aun adicionados ó quizá escritos por vez primera en la mitad del siglo vi por Onomacrito, quien si no fué el autor, añadió por lo menos, al hacer el arreglo, todo lo que en su tiempo se sabía respecto de las tierras occidentales, llevando á allí los sucesos, é introdujo igualmente los adelantos que en las artes y en la industria se habían obtenido, y por esto en la Odisea sus héroes tienen armas de bronce, cuya fabricación es seguramente posterior al empleo del estaño, descubierto por los griegos al finalizar el siglo vii.

(1) Hasta el año 541 no decayó su poderío naval.

(2) Las expediciones persas se mencionan por Heródoto.

(3) Rodas fué anterior á Marsella, pues los marselleses tuvieron que prevenirse contra los ataques de los Iberos y de los de Rodas (Rosas).—Estrabón.

(4) Aristóteles le menciona repetidas veces. Véase edición Didot: III, 276, 368, 485, 560, 577, 623 y 624; II, 560, y IV, 82 y 87.

Heródoto, el fiel historiador, menciona el estaño como producto de la parte occidental de Iberia, atribuyendo su comercio á las islas Casitérides, á las cuales se dió este nombre por ser el mercado del Casiteron ó estaño, y según los fenicios, que poco después arribaron á estas costas, abundaban en metal de estaño y no en mineral, lo que prueba que allí se fundía ó se llevaba ya fundido del continente.

Cuando Heródoto escribió su historia, las relaciones de los pueblos orientales con los occidentales habían quedado interrumpidas porque los cartagineses, vencedores de los griegos en Alalia, temerosos sin duda de que otros pueblos pretendieran despojarles de sus posesiones, prohibieron bajo severas penas navegar hasta aquellos parajes (1), de modo que las noticias de esta parte de Europa que Heródoto tenía son vagas y anticuadas, no siendo de extrañar que diga á este propósito que «no tiene informes suficientes para decir algo positivo y terminante de la Europa que cae al poniente, y que por esta falta de noticias no puede dar fe á lo que se cuenta de cierto río llamado Eridano, del cual dicen procede el electro, ni tampoco sostener que haya ciertas islas llamadas Casitérides, de donde procede el estaño. En cuanto á lo primero, el mismo nombre de Eridano, siendo griego y no bárbaro, está mostrando que ha sido aplicado por algún poeta, y respecto de lo segundo, porque aunque he procurado con mucho interés averiguarlo, nunca he podido encontrar un testigo de vista que me diga cómo el mar se difunde y extiende más allá de Europa; de modo que, á mi juicio, el estaño y el electro vienen de algún rincón ó lugar apartado de Europa y no de fuera de su suelo» (2).

En este lugar apartado sitúa á los Celtas y á los Kynetes, siendo éstos «los últimos que viven al occidente», concordando con Hecateo, y mostrándonos que bordeando las costas de Europa desde Grecia hacia el Atlántico y siguiendo luego por las de este

(1) Aristóteles, *De mirab.*, cap. LXXXIV.

(2) Libro III, cap. CXV.

mar, Heródoto no conoció nada de lo que más allá de los Kynes se encontraba.

Y aquí está la noticia de las expediciones samias, conservada vagamente á través de siglo y medio, la cual podemos, en cierto modo, completar con la referencia del mismo autor á «la isla» Erytea (1), vecina á Gades, más allá de las Columnas de Hércules y situada en el Océano, el cual torna á Levante alrededor «de todo el continente», en cuyas frases no puede verse referencia á ninguna otra expedición posterior que diera noticias de otros países europeos, sino el concepto geográfico que los filósofos desarrollaron al ver que había un mar al Oeste de Europa, y otro al NE., y que consistía en admitir en teoría que estos dos mares se enlazaban rodeando á Europa y haciendo de esta parte del mundo una isla. La única novedad que con respecto á Heródoto y Hecateo presenta es la de que ha sustituido los nombres de Gletes por Celtas, y de Tarteso por Gades, viniendo así á confirmar que las primeras expediciones fenicias que cambiaron el nombre griego por el fenicio son posteriores á la expedición de Coleos, como ya dió á entender Avieno, quien dice que «Gades fué llamada antes Tarteso» (2).

Respecto del estaño hemos ya dicho lo bastante para afirmar que efectivamente era un hecho cierto su procedencia del SO. de España; mas respecto del ámbar será preciso aportar datos, hasta ahora no muy conocidos, que muestran que la información era cierta y que no necesitaron los griegos ir á las costas del Báltico en su busca. Estos datos consisten en la afirmación de Maçoudi, escritor árabe de la Edad Media, de que en su tiempo aún existía en el SO. de la Península Ibérica el ámbar en grandes cantidades, exportándole á Oriente (3).

Pasemos á tratar del río Eridano. Efectivamente, su alusión.

(1) Libro iv, cap.viii.

(2) Avieno. Verso 267.

(3) Del ámbar en España, Mazudi. Recuérdese también que se llamó electrum una mezcla ó aleación de oro y plata.

Sin embargo, debe estudiarse si estas referencias del electrum corresponden al ámbar ó á la aleación.

resulta cierta; el poeta á quien hace referencia es Hesíodo, quien menciona este río y le hace testigo de algunos sucesos mitológicos (1). También en la Argonáutica se le cita, habiéndole localizado algunos con el Pó, cerca del cual estaban las islas Electricidas (2) ó del ámbar, bien que, á juicio de Estrabón, las islas inmediatas al río italiano nunca tuvieron ámbar, bastando esto para desechar la mencionada reducción. Pero, aun prescindiendo de dicha circunstancia, el testimonio de Heródoto muestra con toda claridad que no pudo referirse á ningún río de Italia, sino á uno de Iberia ó, si se quiere, de la parte occidental y extrema de la Europa de que él tuvo noticia; parte ó región que, comenzando en las Columnas de Hércules, se extendía hasta el territorio de los Kynetes ó Cuneos, situados en el Algarbe portugués. Aquí, por tanto, tuvo que estar el Eridano de los tiempos antiguos á que hace referencia y aquí estuvo, pues así resulta del hallazgo de una inscripción lapidaria, la única que se ha encontrado relativa á esta palabra (3).

Por último, y para desvanecer las dudas de traducción que pudieran surgir respecto del pasaje de Heródoto, que ha sido interpretado de muy diversa manera, haremos ver que no pudo escribir Heródoto que «el nombre Eridano era bárbaro y no griego», porque en Atenas y desde muy antiguos tiempos existía un río Eridano, que pasaba por medio de aquella noble ciudad (4).

Con esto damos por terminado este capítulo, relativo á las expediciones griegas y fenicias efectuadas desde el año 641 hasta el 536, pasando ahora á estudiar la geografía de la región S. O. de España en el período cartaginés.

(Concluirá.)

(1) Hesíodo: *La Teogonía*.

(2) Del Eridano en el Pó, escribió Aristóteles. *De mirab*, cap. LXXXIV.

(3) La inscripción está en el *Corpus inscript. latinarum*, de Hübner; con el número 2 fué hallada en Faro (Algarbe).

(4) Del de Atenas escribió Estrabón atribuyendo á Calímaco, escritor del siglo III, haber invitado á los jóvenes atenienses á beber sus aguas.